

TRABAJO PRESENTADO PARA SER DISCUTIDO EN EL SEMINARIO PERMANENTE (CAS - IDES). ES DE USO EXCLUSIVO. POR FAVOR NO CITAR SIN AUTORIZACIÓN DE SUS AUTORES.

“La canilla se cerró”. Experimentando un drama social durante un trabajo de campo exploratorio. La crisis de las comunidades indígenas que recibían migrantes y la angustia y el triste regreso de los que atravesaron el Darién.

Santiago Álvarez (CAS-IDES); Carlos Abraão Mora Valpassos (Universidad Federal Fluminense); Kevin Sanchez Saavedra (Universidad de Panamá) y Mystela Pastor (Universidad de Panamá)

Abstract

This article wants to discuss a new social phenomenon, a dramatic shift in their perspectives experimented by thousands of people in a short period of time. I am talking about the impact produce by the new migration policies implemented by the USA and by some centre American countries influence by it. These policies substantially reduced the flow of migrants crossing the Darien Gap. They used to take that route to arrive from Colombia to Panama and then to continue their trip to eventually arrive to USA. During the time we have been researching there, we observed this radical transformation considering it a “social drama” (Turner...) that is a conflictive new situation that have broken the former equilibrium and that posed a crisis that has to be solved by the diverse actors involved.

Resumen

Este artículo se propone reflexionar sobre un nuevo fenómeno social en el campo de las migraciones masivas. Se trata de un cambio dramático experimentado por miles de personas en un corto lapso. Me refiero al impacto provocado por las nuevas políticas migratorias de los EEUU y de los países centroamericanos influenciados por este que bajaron sustancialmente el flujo de personas que cruzaban el tapón del Darién para llegar a Panamá y desde allí seguir su recorrido hasta los Estados Unidos de América. Durante nuestra presencia experimentamos esta transformación radical como un “drama social”, (ver Turner) una situación de conflicto que había quebrado el equilibrio anterior y que planteaba una crisis que, al momento de nuestra llegada, debía ser resuelta por los distintos actores involucrados.

Introducción

Atravesar el tapón del Darién, entre Colombia y Panamá, requiere un esfuerzo extremo. A pesar de sus dificultades implícitas, esta ruta se había convertido en una opción utilizada masivamente por infinidad de inmigrantes ilegales para iniciar un largo derrotero por Centro América y México. Este camino culminaba con uno o varios intentos de atravesar la frontera para entrar a los Estados Unidos de América. En el Darién, no hay carreteras, la ruta panamericana, que une a todas las Américas, está interrumpida durante unos aproximadamente 100 kilómetros. El Darién es este tapón de selva tropical de unos 26.000 kilómetros cuadrados, cruzado por una cadena montañosa que es la continuación de los Andes y atravesado por peligrosos torrentes que crecen rápidamente en la estación de las lluvias. En este “obstáculo natural” entre Colombia y Panamá (Yates y Pappier, 2023) no sólo no hay una ruta pavimentada, tampoco existe ningún camino ni puentes que atraviesen sus caudalosos ríos, sólo senderos en la selva cuyas ramificaciones no están siempre claras para los que no son del lugar. Su población es escasa, del lado panameño habitan el departamento del Darién unas cuarenta mil personas, concentradas en las zonas linderas al tapón que sí están conectadas al territorio nacional. Sus principales habitantes son diversos grupos indígenas, en particular Emberá, Wounaan y Kuna, que en Panamá gozan de una importante autonomía y que están organizados en comunidades.

A pesar de sus dificultades, o tal vez a causa de ellas ya que suponen un menor control de los estados, esta ruta ha sido elegida por una cantidad considerable y, hasta hace poco, creciente de migrantes informales. Es a partir del 2010 que esta vía comenzó a ser utilizada con mayor frecuencia. En ese entonces, era elegida principalmente por inmigrantes haitianos y cubanos. ...” hasta 2021, el número de personas que cruzaban la selva era relativamente intrascendente en comparación con otras vías migratorias las Américas. Ese año, más de 130.000 migrantes lograron cruzar la selva a pie, frente a una media de menos de 11.000 al año durante la década anterior. En 2022, las llegadas se dispararon a casi 250.000 personas. Esa cifra se superó en los ocho primeros meses de 2023, y más de 500.000 personas están en camino de cruzar a finales de este año” (Yates y Pappier, p.1, 2023). Estas cifras que dan muestra de la masividad de las llegadas comenzaron a disminuir al principio lentamente a partir de fines de 2024.

El creciente aumento de la cantidad de migrantes en la ruta del Darién demuestra la existencia de ciertas regularidades en la migración latinoamericana. Las nuevas rutas reemplazan a las tradicionales en la medida en que en estas últimas se adoptan normas de inmigración más estrictas (Canales y Rojas, 2018). Una investigación de Freier y Luzes (2021) muestra cómo estas medidas restrictivas han provocado la multiplicación de las rutas migratorias irregulares, así como la mayor participación de las redes de tráfico de personas. El Darién muestra la manifestación más grave de este patrón, ya que los desafíos geográficos atraen a migrantes que buscan eludir las zonas oficiales de control fronterizo.

Preparando nuestro trabajo de campo

Nuestra investigación es la consecuencia de la convergencia entre un proyecto del INEAC (Instituto de Estudios en Administración y resolución de conflictos, de la UFRJ de Brasil en el que participamos Carlos Abraao Valpassos de dicha universidad y Santiago Álvarez de UNAJ, Argentina junto con el equipo de Kevin Sanchez Saavedra de la Universidad de Panamá. Durante el período de preparación de nuestro trabajo de campo tratamos de trabajar en aspectos básicamente logísticos: permisos de las autoridades de la comunidad Embera-Wounnan y de las autoridades panameñas; organización de un itinerario proyectado visitando los principales centros de recepción de migrantes instalados en el Darién panameño; búsqueda de alojamientos posibles, etcétera. En ese entonces, todos los integrantes del equipo dábamos por descontado que íbamos a estar en presencia de un alud migratorio y a trabajar sobre el fortísimo impacto que en ese entonces tenía este, con consecuencias sociales, económicas y ambientales, en las poblaciones afectadas.

Ya un mes antes de nuestro primer viaje programado nos informábamos que el flujo de migrantes era menor ya que este estaba descendiendo por la presión norteamericana sobre Panamá y Colombia. Comenzando nuestro trabajo de campo, llegamos a Metetí, en el departamento del Darién, puerta de entrada al tapón. Matetí es una población de unas dos mil almas con todos los servicios necesarios y la convertiríamos en nuestra base principal, decididos a ver este fenómeno por nosotros mismos.

San Vicente

El primer campo de recepción de refugiados que visitamos fue San Vicente. Este significaba hacer una investigación del camino a la inversa. De hecho, San Vicente es la última etapa del cruce del Darién. Para entenderlo mejor, el itinerario era el siguiente: Los migrantes llegaban desde Colombia a Panamá primero a la comunidad indígena de Bajo Chiquito, luego de algunos trámites los migrantes eran enviados por canoa a motor hasta el campo de Lajas Blancas, en donde se le tomaban las huellas digitales y las medidas antropométricas y de allí viajaban a San Vicente en donde tenían que esperar unos ómnibus que dependían de la cantidad de migrantes para que estuviesen llenos y partiesen. Estos ómnibus los transportaban a la frontera de Panamá con Costa Rica.

Para llegar a San Vicente hay que desviarse de la ruta principal, y tomar un camino de tierra de aproximadamente cuatro kilómetros. Es un camino apenas sinuoso atravesando fincas campesinas con una vegetación exuberante y con un sol que, temprano a la mañana, ya comenzaba a mostrar toda su potencia tropical. Al llegar al campamento, para nuestra sorpresa, ya que habíamos tramitado la visita con anticipación, los miembros del Servicio Nacional de Fronteras (Senafront) a cargo de custodiar el perímetro externo del campo, no nos quieren dejar pasar. Después de esperar afuera más de una hora, gracias a las gestiones telefónicas de Kevin Sanchez con las autoridades del Senafront, se nos permite finalmente la entrada. Nos recibe personal del servicio de migraciones y un joven oficial es el encargado de darnos una visita guiada. Para nuestra sorpresa, el campo estaba completamente vacío, sin ningún migrante en él. Los miembros del servicio de migraciones que estaban en ese momento en el campo trabajaban con cierta parsimonia en diversas tareas de fajina. Reemplazaban una, según nos contaron, agotadoramente

febril actividad durante la presencia en el campo de cientos de migrantes, por una significativamente más tranquila reparación y puesta a punto de las instalaciones. Estas son bastante amplias y bien equipadas para recibir cientos de migrantes, aunque seguramente se mostrarían abarrotadas y al borde del colapso en los momentos de mayor tráfico. El campo de recepción de migrantes está cercado por un alambrado y, en su momento, si los migrantes pretendían fugarse estos eran recapturados. Había varias barracas con literas, calurosos containers reciclados, en donde, en su momento, dormían separadamente hombres por en una sección del campamento y mujeres con niños pequeños por el otro. Nuestro guía nos mostró una zona que había sido quemada, afirmó, por un grupo de venezolanos que no tenían la documentación en regla tratando de abrirse paso luego de haber pasado más de treinta días en el campamento. Según el oficial eran “maleantes” del “tren de Aragua”¹. Ellos habrían organizado esta rebelión que afectó severamente las capacidades receptoras y las comodidades del campo. A partir de este traumático incidente, nos decía nuestro guía, la situación se volvió más tensa y se extremaron las medidas de seguridad.

Tal vez lo más significativo de esta visita a las instalaciones de San Vicente haya sido la sensación de vacío, de falta de algo. En definitiva, era la ausencia de migrantes la que nos interpelaba. Al final del campo, se encontraba el lugar desde donde salían los buses que llevaban los migrantes hasta la frontera con Costa Rica. Este servicio estaba organizado por el estado a través de una cooperativa panameña de transporte que cobraba sesenta dólares por persona para dejar a los migrantes en la frontera con Costa Rica. Los miembros del Servicio de Migraciones nos afirmaban que los buses para la frontera que transportaron tantos migrantes no iban a volver a salir. Los últimos buses que habían partido del campamento habían sido rechazados en la frontera con Costa Rica y se les había impedido seguir su trayecto. Nuestro guía ante nuestra pregunta sobre si pensaba que el campo de San Vicente sería cerrado por las autoridades, nos afirmó, en cambio, que se estaban preparando para recibir migrantes que, en sentido inverso, regresasen a sus países de origen.

Visita a Lajas Blancas

Lajas Blancas queda, al contrario de San Vicente, mucho más lejos de la ruta principal. El camino de tierra de acceso al campo es mucho más sinuoso y, en general presenta mayores dificultades para recorrerlo en auto. Cuando lo tomamos había algunas zonas en declive y con barro que con nuestra camioneta 4x4 pudimos cruzar no sin esfuerzo. Lajas Blancas es un centro de refugiados que se estableció, por necesidad práctica, en un campo privado. Su estratégica ubicación, en un alto a la vera del río Turquesa, con una playa que permite la recepción de las piraguas en las que llegan los migrantes provenientes de Bajo Chiquito, debe haber decidido esta localización. Su dueño, nos cuentan, permitió gratuitamente su instalación a cambio de que se le permitiera tener y administrar tiendas en donde se venden diversos productos: comida en una cantina, otra tienda que es una especie de supermercado que ofrece también a los migrantes servicios de wifi, ventas de celulares y de otros elementos necesarios para proseguir el viaje. Muchas Organizaciones no gubernamentales y organismos internacionales, como Médicos Sin Fronteras (que volvió a

¹ El tren de Aragua es una organización narco-criminal centrada en Venezuela pero con ramificaciones en todo Latinoamérica.

instalarse en Panamá después de un conflicto con el gobierno), la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) y UNICEF, están presentes en Lajas Blancas. Ocupan pequeñas casillas de madera en donde atienden diversas demandas de los migrantes. Todo esto hace que Lajas Blancas sea más abierto que San Vicente. En este ambiente, migrantes y no migrantes puedan entrar en contacto más fácilmente. Lajas Blancas recibe a los migrantes que llegan por el río en piraguas con motor provenientes de la comunidad de Bajo Chiquito. Este servicio es prestado por piraguas de las comunidades indígenas de la vera del río Turquesa. Cobran por ello a los migrantes 30 dólares por cabeza exceptuando a los niños. A la llegada de los migrantes a Lajas Blancas se los registra y se les hacen estudios antropométricos como los que se realizan en un aeropuerto internacional. De este modo, tratan de ver si entre los recién llegados se encuentren personas con órdenes de captura internacionales. Mientras esperan a seguir su periplo los migrantes son instalados en unas barracas de madera bastante más precarias que las de San Vicente. A nuestra llegada a Lajas Blancas, había unos 40 migrantes (algunos decían 38). Veintiocho habían llegado ese mismo día por piragua, provenientes de Bajo Chiquito. Esto era, según nos decían, aproximadamente, un 98 por ciento menos de lo que llegaba diariamente hace apenas unos meses. Los otros, los que habían llegado antes, esperaban angustiosamente, ya que sabían que no había más ómnibus en San Vicente esperándolos y que la frontera con Costa Rica ya se había cerrado. Pudimos observar a migrantes venezolanos (amplia mayoría), cubanos, africanos (especialmente de Camerún) y hasta Nepalíes y Bangladeshíes.

Nos muestra el lugar un joven de 24 años perteneciente al servicio panameño de migraciones. El ambiente es mucho más distendido que la tensa y aparente calma que imperaba en San Vicente. Nos dice que algunos de los migrantes, teniendo en cuenta la situación actual, se quieren volver desandando el camino por el mismo Darién a pesar de los peligros que esto conlleva. Ellos no pueden darle la autorización para hacer ese periplo ya que el estado panameño sería responsable de todo lo que les podría suceder. Sin embargo, algunos migrantes retenidos en Lajas Blancas, aprovechando la oscuridad de la noche han intentado hacerlo. Nuestro guía nos resalta los peligros del viaje a través de la selva, "... mucha gente llega después de atravesar el tapón en muy mal estado. Ha habido muertos principalmente por los torrentes de agua que se lanzan a cruzar durante las lluvias sin saber siquiera nadar en muchos casos"

Podemos entrevistar en profundidad a tres migrantes venezolanos. Elías, que dice tener 42 años, está entre los que quiere volverse. Cuenta, que él y sus amigos fueron robados mientras atravesaban la ruta del Darién. Eran todos hombres, quisieron hacer el camino rápido, cruzaron el tapón en sólo dos días, al final de la ruta fueron despojados de su dinero por unos jóvenes que los amenazaron y golpearon. Ese desgraciado evento los deprimió y desalentó. Tuvieron que esperar en Lajas Blancas y al mismo tiempo recibieron noticias de que se cerraba la ruta hacia el norte. Luego de pasar más de un mes en el campo, con Jon, el compañero que estaba a su izquierda, intentaron escaparse del campamento de Lajas Blancas para tratar de llegar por su cuenta a Costa Rica. Según su relato, se escabulleron temprano del campo, no había salido aún el sol, caminaron pero no encontraron nada cerca en donde esconderse (cómo comprobamos cuando llegamos, el campo de refugiados está en un lugar muy apartado y de difícil acceso con un camino en muy mal estado). Luego, cuando llegaron hasta la ruta, cerca de Metetí, se subieron, teniendo que pagar sus últimos 12 dólares de boleto, a un ómnibus que iba a la ciudad de Panamá. Uno de ellos, había llegado a vender, antes de salir, su teléfono celular en el campamento (tener un celular en estas

circunstancias es algo sumamente precioso, la comunicación exterior con sus redes de parientes y amigos no sólo les informa de lo que está sucediendo en el exterior sino que también les permite recibir dinero). Pensaban que en la ciudad de Panamá iban a poder tomar otro bus hasta Costa Rica. Subieron al bus, pasaron dos controles del Senafront pero en el tercero los bajaron del vehículo y los detuvieron.

Elías es de Apure, en los llanos venezolanos. En un principio, nos decía, había trabajado no sin cierto entusiasmo para la televisión chavista en la zona. Con el tiempo, el sueldo se fue tornando cada vez más miserable y había tenido que dejar ese trabajo totalmente decepcionado. Eso lo llevó a realizar su primera aventura migratoria, había viajado a Chile en donde le había ido bien trabajando en las cosechas, especialmente en la de cerezas. Todavía estaba en contacto con una patrona que había tenido en Chile. Me mostró y me hizo escuchar, en su celular los audios que habían intercambiado. Ella le decía que estaba difícil allí por la crisis de la producción de la cereza, que no era conveniente que vaya allá ahora.

Luego de Chile, había regresado a Venezuela y, con lo ganado, se había comprado un camioncito donde llevaba verdura del campo a la ciudad. Lamentablemente, por culpa de la crisis constante en el gobierno de Maduro, no había podido resolver su problema económico y decidió intentar llegar a Estados Unidos a través del Darién.

Ahora, desanimado, Ariel quería volverse usando la misma ruta del Darién por donde había llegado y arribar a Colombia donde al menos lo dejaban trabajar (no como en Panamá) para poder conseguir dinero para llegar a ver a su familia en Apure.

Visita a Bajo Chiquito

Viajamos muy temprano de madrugada a Peñitas, una comunidad indígena que tenía también un puesto del Servicio Nacional de Fronteras en donde, previa presentación de nuestras autorizaciones y documentos, pudimos dejar la camioneta 4x4 en frente del edificio de SENAFORT. Existe un camino en mal estado a la vera del río Turquesa pero unas inesperadas lluvias en los últimos días lo habían convertido en intransitable. A unos cuarenta metros del edificio de SENAFORT bajamos por una escalera de piedra a un puerto improvisado sobre el río Turquesa en donde nos iba a esperar una lancha tal como habíamos arreglado con el secretario del cacique de la comunidad Emberá-Wounaan. Tuvimos que aguardar una hora más o menos a que llegara Rodrick, un emberá que ahora vivía en una ciudad cercana a Metetí. Amablemente, nos consiguió unas sillas de plástico para que nos sentáramos en la piragua durante nuestra travesía. Era una piragua alargada con motor. Viajamos sin salvavidas lo que después descubrimos, era la excepción además de un innecesario riesgo. Viajábamos nosotros cuatro más Rodrick y su ayudante. El río estaba muy bajo y constantemente los tripulantes tenían que maniobrar con un largo palo que hacía las veces de pértiga, para empujar al navío. Ocasionalmente, tuvimos que bajar a empujar todos para poder poner la piragua en aguas apenas más profundas. Estas dificultades hicieron que Rodrick decidiera reemplazar a su ayudante por uno más experimentado, más ducho en encontrar las partes más hondas y en mover la piragua con el río bajo. Para ello nos detuvimos en una comunidad indígena y después de unos largos minutos volvió Rodrick con el nuevo tripulante.

Atravesando a su paso pequeñas comunidades ribereñas la piragua tardó aproximadamente dos horas y media en llegar a la comunidad de Bajo Chiquito. Esto era mucho menos que lo que nos habían dicho que el trayecto tomaría. Al llegar al pueblo, vimos a un helicóptero del ejército panameño aterrizado a la vera del río.

Bajo Chiquito es una comunidad indígena poblada por unas trescientas personas. Cuando bajamos nos encaminamos al puesto del Servicio Nacional de Fronteras para dar nuestros nombres y mostrar nuestros documentos. Pudimos observar que la comunidad estaba bastante apiñada, con casas de madera muy pegadas unas con otras en donde se entremezclaban viviendas familiares, negocios de diversas índoles y cabañas utilizadas por organismos no gubernamentales y organismos internacionales (ACNUR, UNICEF, etc.). Algunos locales de ongs estaban cerrados. El pueblo original que había sido desbordado con el arribo en masa de los migrantes (se hablaba de un record de más de tres mil en un día y un promedio de 1200 migrantes por día en el 2023) recibía ahora nuevos arribos en cuenta gotas y estaba prácticamente vacío. Algunos pobladores nos decían con cierto alivio que ahora, después de años, se podía volver a escuchar el canto de los pájaros.

En cuanto llegamos al puesto de SENAFRONT, nos informan que ha llegado una visita importante y que por lo tanto la Nokó (cacique) del pueblo, a quién teníamos que consultarle obligatoriamente sobre nuestro alojamiento, nos recibiría más tarde. Un miembro del Servicio Nacional de Fronteras nos indica que se trataba de la llegada del relator de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y de su comitiva, que comprendía, entre asesores y personal de seguridad, unas doce personas. Ellos habían llegado en el helicóptero que vimos posado a la orilla del río. Un poco más tarde, sabiendo que teníamos que esperar, nos fuimos a almorzar en un restaurante improvisado entre diversas cabañas de madera. Mientras almorzábamos, escuchamos por altoparlantes que iba a haber una muestra de danzas tradicionales en el campo de básquet techado de la escuela.

A consecuencia de la llegada del relator de las Naciones Unidas y su comitiva y con la finalidad de homenajearlos, la Nokó había organizado una ceremonia de bienvenida con un grupo de jóvenes que bailarían danzas tradicionales emberá. A pesar de que el lugar estaba techado, un hangar de chapas e acero, el calor a las tres de la tarde era sofocante. Unos adolescentes alegres, despreocupados y bastante improvisados danzaron vestidos de una colorida indumentaria que presumiblemente era considerada parte de la tradición emberá. En una mesa grande y decorada para la ocasión estaban los miembros de la comitiva de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la Nokó y otros funcionarios locales. Había unas cincuenta personas aproximadamente, casi todos miembros de la comunidad, observando la ceremonia. Después de un rato, la Nokó se acercó a nosotros y nos explicó que estaba ocupada recibiendo a la gente de la ONU, pero que nos atendería una vez que se fueran. Que no nos preocupáramos, que no necesitaríamos buscar alojamiento ya que nos alojaríamos en su propia casa.

Todo parecía envolverse en un aire diplomático. Los diferentes actores hablaban con palabras muy bien escogidas que, de alguna manera, revelaban que existía una cierta tensión por debajo, tensión todavía nebulosa para nosotros. Después del espectáculo de danza y de que el público rápidamente se dispersara, la gente de la ONU nos invitó a hablar en la mesa. El líder de la delegación, en inglés, comenzó a hablar, presentando los propósitos de trabajo de su equipo y los éxitos que habían alcanzado. Le interesaba conocer las conclusiones de nuestra investigación, pero le explicamos que estábamos en una etapa inicial en donde el objetivo principal era conocer el

lugar y algunas personas, para poder planificar un trabajo de campo más profundo y prolongado en el futuro.

Cuando el relator de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU terminó su presentación preguntó si teníamos alguna pregunta que formular. Kevin Sánchez pidió la palabra y en términos generales cuestionó el trato que se le da a los Embera-Wounaan respecto a la toma de decisiones en temas migratorios, ya que siempre que se hablaba de migración, la prensa e instituciones gubernamentales y no gubernamentales hacían referencia al “Darién”, sin resaltar que la Comarca Embera-Wounaan era la región autónoma por donde transitaban los migrantes.

(Transcribir la pregunta de Kevin)

La Nokó, que hasta entonces tenía un semblante inexpresivo, sonrió. El funcionario de la ONU, por su parte, no se mostró particularmente contento con la devolución de su pregunta. Antes de responderle a Kevin, se volvió hacia Carlos y le preguntó, no sin cierta amabilidad, si sólo estaba tomando fotografías o si también estaba filmando. Cuando Carlos respondió que estaba filmando, dijo que no autorizaba el uso de la grabación y solicitó que se detuviera la grabación. Le respondió a Kevin, que había preguntado sobre tener en cuenta la autonomía de la comunidad, dando vueltas, y concluyó sus pensamientos con una frase que le permitía una salida diplomática: “Es política”.

Más adelante, nos preguntó de dónde éramos y sintió curiosidad al encontrarse con un trabajo cooperativo entre panameños, brasileros y argentinos. Nos pregunto con cierta ironía qué era lo que justificaba este trabajo colaborativo interamericano. Carlos intentó dar una respuesta breve, pero no era sencilla, sobre todo porque el tono diplomático de la conversación había tornando en un aparente aunque gentil interrogatorio. Así, ya incómodos con la posición en que nos ponía nuestro interlocutor, encontramos en la respuesta de Santiago el consuelo que necesitábamos: “Es política... política académica”.

Poco después, nos despedimos y fuimos a una tienda de comestibles a esperar a la Nokó. Nos quedamos allí un par de horas, hasta que ella envió a alguien a informarnos que podíamos ir a su casa. Tenía la Nokó una importante casa de ladrillo y cemento de dos plantas que se destacaba por la grandeza de su construcción y porqué, desde el alto en donde estaba ubicada parecía observar a Bajo Chiquito. La Nokó nos la mostró encantada, orgullosa de haberla hecho con el esfuerzo de su familia, en un lugar que en otro momento había sido una especie de pantano. También nos contó que su familia tenía plantaciones arriba a un kilómetro de la comunidad. Esas plantaciones no eran comunitarias.

Una vez que nos instalamos en la casa, en el piso alto, nos sentamos todos en la galería en donde comenzó una larga conversación. La Nokó afirmó, con una sonrisa, estar contenta con el cuestionamiento que le hizo Kevin Sánchez al funcionario de la ONU. “No se nos consulta lo suficiente. Hay cosas que se deciden sin tener en cuenta la Comarca Embera-Wounaan”. Habló sobre el tema migratorio y sus impactos en Bajo Chiquito, repitiendo una frase que ya habíamos escuchado de otras personas: “Siempre ha habido migración por el Darién”. Sin embargo, expresó que, si bien el fenómeno no era nuevo, había obvias particularidades en las olas migratorias de los últimos años, cuando el flujo de personas había aumentado drásticamente.

A la Nokó le disgustaba la repercusión del tema migratorio en la prensa; en particular, el modo en el que su comunidad era tratada por esta. En su percepción, los periodistas priorizaron las perspectivas de los migrantes, en detrimento de las percepciones de los Emberá. Los informes periodísticos presentaron la intensificación del flujo migratorio como algo que alteró la economía local promoviendo el enriquecimiento de sus habitantes. Para ella, esto no creaba descripciones completamente justas. En particular, le molestaba que la prensa hiciera parecer como si los indígenas se estuvieran ganando dinero a costa de los migrantes. En este sentido, su discurso buscó resaltar los costos económicos y sociales que vive el pueblo, así como el rol crucial que juegan los Emberá en minimizar el sufrimiento de los migrantes: “Son los Emberá los primeros en ofrecer una mano amiga a los migrantes”.

Fueron los indígenas quienes tuvieron el primer contacto con los migrantes, continuó la Nokó, incluso antes de cualquier acción del Estado panameño o de cualquier ONG: «Transportamos a 15 personas por canoa. ¿No es eso ayuda humanitaria?». Cuando los migrantes llegaban reportando muertes, los Emberá notificaban inmediatamente al Senafront. Aun así, a menudo eran los indígenas mismos quienes rescataban los cuerpos de la selva. Dijo que por su cultura el contacto con cadáveres tiende a ser evitado al mínimo por los indígenas, especialmente en casos de avanzada descomposición. Algunos indígenas, luego de participar en estos rescates, pasaron días sin poder alimentarse adecuadamente, con náuseas por el olor que seguían sintiendo. “Fue nuestra gente la que buscó los cuerpos. ¿Qué apoyo recibimos? ¿Qué tratamiento psicológico nos ofrecieron? ¡Fueron experiencias duras y traumáticas!” Los Emberá también rescataron a personas heridas. Ella recordó cuando su marido llevó durante la noche a una joven que había sufrido quemaduras hasta Metetí para que recibiera el tratamiento adecuado. “Después de desembarcarla de la piragua no llegaba la ambulancia y fue él mismo el que la llevó hasta el hospital”.

En opinión de la Nokó, los periodistas entrevistan casi exclusivamente a migrantes, pero rara vez entrevistan a indígenas: “los migrantes hablan de lo que tienen que pagar, pero no mencionan lo que reciben gratis”. Según ella, los restaurantes de Bajo Chiquito donaban dos platos diarios cada uno a los migrantes, para alimentar a quienes no podían pagar.

En cierto momento, expresó ella, “algunos migrantes comenzaron a llamar a Bajo Chiquito “Dubái”, como una forma de burlarse y cuestionar los servicios que se cobraban en el pueblo. Hablaron de que pagaron 5 dólares para dormir en camas con colchones; y de que también tuvieron que pagar 15 dólares para viajar en canoa desde Bajo Chiquito hasta La Peñita”. “También controlamos que las piraguas salgan con todas las medidas de seguridad. Al piragüero que no cumple lo metemos en el cepo”. “Muchas veces, de mil que llegaban había 90 que decían no tener plata, nosotros resolvíamos eso”. La crítica detrás de la broma que significaba el apodo de “Dubai” no fue bien recibida por la Nokó, quien insistió en que su pueblo fuera llamado por su nombre correcto, Bajo Chiquito, y consideró llamarlo “Dubái” como una falta de respeto: “¡Sí, cobramos por los servicios que ofrecemos!”. “No hemos dejado de cultivar. Si ganamos nosotros nos preocupamos por qué nuestros jóvenes no se metan en el tráfico ni en cosas raras como sucede en algunas otras comunidades. Los de Marragantí (chequear el nombre de la comunidad) tienen seis muertos. Los presos son de Marragantí”.

A las 7 y 30 dejamos la charla con la Nokó para ir a comer algo. Vamos a la misma fonda donde comimos en el almuerzo y nos sirven de nuevo pollo marinado con arroz y una módica ensalada. Cuando estamos terminando, hay una agitación en la calle. Un grupo de migrantes está llegando por el camino del Darién. Yo cuento unos doce aunque puede haber más. De todos modos, un número minúsculo en comparación con las cantidades de arribados de otrora. Algunos caminan con dificultad, dos de ellos se arrodillan agradeciendo haber llegado y que sus penurias, al menos

por ahora, terminaron. Un chico recién llegado trata de comunicarse en francés con el dueño de la fonda. Lo saludo y le digo bienvenido. El de la fonda me pregunta si lo puedo ayudar a traducir por qué no lo puede entender. Hablamos, estaba cansado y excitado pero sonriente. Era de la república Democrática del Congo, <la que antes había sido francesa>, sus compañeros eran dos marroquíes, todos de un poco más de veinte años. También ellos afirmaban haber sido robados. Habían partido en lancha desde algún lugar de la costa Caribe de Colombia. Al poco tiempo de desembarcar y emprender el camino a pie, fueron asaltados por un grupo que, a punta de pistola, los hizo desnudarse para sacarles todo su dinero. De acuerdo a su relato, los ladrones les dejaron retener sus teléfonos. El muchacho congoleño cuenta que, apenas hizo un gesto que pudiera interpretarse como reacción, recibió un machetazo con la parte plana de arma, me mostró el moretón. Estaban sin dinero y andaban buscando que alguien les diera algo de comer. Decidimos pagarles la comida a los tres cosa que agradecieron profusamente. Me dijeron que nos la podían devolver si se comunicaban con sus familiares. Les dijimos que no era necesario. El camino desde África estuvo lleno de dificultades y él hacía más de dos meses que estaba viajando. Llegó al norte de Brasil en barco y de ahí pasó a Colombia. No sabían que les esperaba más adelante, habían oído que se había cerrado la frontera con Costa Rica pero no mucho más. A la mañana del día siguiente los vimos haciendo una fila para desayunar junto con otros recién llegados, contamos en total unos 23, entre ellos algunos asiáticos. Nos saludaron con una sonrisa pero se los veía apesadumbrados. Las noticias que recibían no eran buenas. Tal vez, pensaban que los podían deportar, mandar de vuelta y que todos sus esfuerzos hayan sido en vano.

Conclusiones

Las interrupciones en los flujos migratorios en el Tapón del Darién generaron un drama social que expuso las intrincadas relaciones entre políticas, personas y lugares dentro de los sistemas de gobernanza migratoria. Para los migrantes que habían recientemente atravesado esa ruta, las dificultades para seguir su marcha a través de los países centroamericanos para llegar a la frontera entre México y EEUU, se les presentaban como abrumadoras. En el momento en que los entrevistamos en el campamento de Lajas Blancas privaba entre ellos la depresión. Para aquellos que intentaron por su cuenta llegar hasta Costa Rica escabulléndose de Lajas Blancas para hacer recapturados por la policía de fronteras y devueltos al campamento, el desánimo no podía ser mayor. Las noticias que les llegaban constantemente, a través de sus teléfonos celulares, de familiares, amigos que estaban en EEUU o en otra etapa más avanzada del camino o de antiguos empleadores en otros países, acentuaban ese momento angustiante y sombrío. La alternativa, desesperada, de volver para atrás y cruzar en sentido inverso el Darién con todos sus peligros y dificultades, aparecía como una elección posible que significaba empezar todo de nuevo o volver derrotados a sus casas.

Las comunidades indígenas Emberá-Wounaan sufrieron el impacto frontal de este drama social, que las obligó a asumir los costos y a prestar servicios sin recibir el reconocimiento de los responsables políticos, quienes se concentraron en el volumen migratorio y el control fronterizo. Muchos miembros de las comunidades disfrutaron de un ingreso excepcional de dinero lo que produjo una circulación mayor de la riqueza pero también diferencias económicas que afectaron las estructuras tradicionales de poder y las jerarquías intergeneracionales.

Si nos enfocamos en la gestión de los flujos migratorios desarrollados por las comunidades indígenas veremos que combinaron la ayuda de emergencia con las necesidades de la población local para proporcionar servicios incluso antes de la asistencia humanitaria oficial. Sus experiencias demuestran la necesidad de desarrollar políticas migratorias que evalúen los sistemas migratorios en su totalidad, incluyendo a la participación comunitaria en la formulación de políticas.

El marco del drama social ofrece perspectivas esenciales sobre cómo las transformaciones políticas repentinas generan conflictos entre diferentes derechos válidos que se oponen. La tragedia del

Darién surge del conflicto entre los derechos de protección de los migrantes, las reivindicaciones de soberanía indígena y los objetivos de seguridad del Estado.

Como Santiago Álvarez y Carlos Mora Valpasos nos recuerdan (2023) Victor Turner hace referencia a una frase de Hegel : “Lo trágico no es el conflicto entre lo correcto y lo incorrecto sino entre el derecho y el derecho”.

De este modo,

“En la sociedad existen conflictos no porque esta está enferma ni sufra de algún brote patológico, si no porque en ella existen derechos distintos pero de igual legitimidad que son invocados al mismo tiempo. Por lo tanto, frecuentemente, el conflicto es el resultado de tales incongruencias normativas. En otras palabras, toda sociedad es, en principio, disruptiva (Vogel, 2006, p. 4-5). Estos derechos divergentes, verdaderos paradigmas en oposición, frecuentemente componen el núcleo de los dramas sociales. Son reivindicados, presentados, defendidos o cuestionados en las situaciones conflictivas, constituyéndose en valiosas cuestiones para aquellos que se dedican a reflexionar intensivamente sobre la vida social.

Tal como sintetiza Luis Fernando Botero Villegas (2010):

“Cuando los intereses y las actitudes de las personas y grupos quedan en obvia oposición, entonces, según Turner, los dramas sociales pueden ser aislados y sometidos a una minuciosa descripción. De este modo, los dramas sociales pueden ser aislados para su estudio en sociedades de todos los niveles de escala y complejidad, sobretodo en situaciones políticas (VILLEGAS, 2010, p. 1).

Bibliografía

Álvarez, Santiago y Valpassos, Carlos (2023) *Alguns Olhares do Sul: Antropologia, Etnografia e Análise de Conflitos e Crises no Século XXI*. Editora da Universidade Estadual do Norte Fluminense Darcy Ribeiro.

Andreas, Peter (2009) *Border Games: Policing the U.S.-Mexico Divide*. 2nd edition. Ithaca: Cornell University Press.

Appadurai, Arjun (1996) *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Betts, Alexander (2011) *Global Migration Governance*. Oxford: Oxford University Press.

Bigo, Didier (2002) 'Security and Immigration: Toward a Critique of the Governmentality of Unease', *Alternatives* 27(1): 63-92.

Canales, Alejandro I. and Martha Luz Rojas Wiesner (2018) 'Panorama de la migración internacional en México y Centroamérica', *Población y Desarrollo* 116: 1-44.

Casas-Cortes, Maribel, Sebastian Cobarrubias and John Pickles (2015) 'Riding Routes and Itinerant Borders: Autonomy of Migration and Border Externalization', *Antipode* 47(4): 894-914.

Castles, Stephen, Hein de Haas and Mark J. Miller (2014) *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*. 5th edition. London: Palgrave Macmillan.

Collyer, Michael (2010) 'Stranded Migrants and the Fragmented Journey', *Journal of Refugee Studies* 23(3): 273-293.

Correa-Cabrera, Guadalupe, Michelle Keck and José Nava (2015) 'Fortress North America? New Challenges to North American Migration and Security', *Norteamérica* 10(2): 7-30.

Cranston, Sophie, Joris Schapendonk and Ernst Spaan (2018) 'New Directions in Exploring the Migration Industries: Introduction to Special Issue', *Journal of Ethnic and Migration Studies* 44(4): 543-557.

De Genova, Nicholas P. (2002) 'Migrant "Illegality" and Deportability in Everyday Life', *Annual Review of Anthropology* 31: 419-447.

De Matteis, Alessandro; Burcu Turkmen, Fethiye; De Matteis, Giulio (2023) Separation During Emergencies: Is there a Stable Relationship Between Separated Children and the Rest of a Fleeing Population? Evidence from Three Situations in Africa, *International Migration Review*

Florez de Andrade, Angelo, Olmos Alcaraz, Antonia y Aliaga Saenz, Felipe (2025) Riesgos que enfrentan niños, niñas y adolescentes migrantes venezolanos en Colombia: un análisis desde discursos institucionales, *DILEMAS*, Vol. 18, n. 1.

Dewey, John. Ter uma Experiência. *In*: DEWEY, John. **Arte como Experiência**. São Paulo: Martins Fontes, 2010.

Domenech, Eduardo (2013) 'Las migraciones son como el agua: Hacia la instauración de políticas de "control con rostro humano"', *Polis* 12(35): 119-142.

Freier, Luisa Feline and Micaela Vargas Luzes (2021) 'The Geopolitics of Regional Protection and Extraterritorial Immigration Control: The Rise and Fall of the Brazil-Visa Pathway', *Geopolitics* 26(3): 882-908.

Freier, Luisa Feline and Nicolas Parent (2018) 'The Regional Response to the Venezuelan Exodus', *Forced Migration Review* 58: 52-54.

Gluckman, Max. O Material Etnográfico na Antropologia Social Inglesa. *In*: ZALUAR, Alba. **Desvendando Máscaras Sociais**. Rio de Janeiro: Livraria Francisco Alves Editora S.A.,1961/1980.

Huysmans, Jef (2006) *The Politics of Insecurity: Fear, Migration and Asylum in the EU*. London: Routledge.

Kapferer, Bruce. Crisis and Communitas: Victor Turner and social process. **Anthropology Today**, v. 35, n. 5, p. 1-2, 2019.

Turner, Victor. Social Dramas and Stories About Them. **Critical Inquiry**, Autumn, v. 7, n. 1, 1980.

Vogel, Arno. Política de los Rituales no Políticos: un homenaje a la misiones antropológica. **Avá. Revista de Antropología**, v. 8, p. 1-15, 2006.

Winters, Nanneke, (2019) Haciendo-lugar en tránsito. Reflexión sobre la migración africana y trabajo de campo en Darién, Panamá, REMHU, Rev. Interdiscip. Mobil. Hum, Brasilia, v. 27, n. 56, 2019.

Yates, Caitlyn y Pappier, Juan (2023) "Cómo el peligroso Tapón del Darién se convirtió en la encrucijada migratoria de las Américas", en Migration Information Source, Octubre 2023.